

LA ENCRUCIJADA NOVENTAYOCHISTA

Antonio Prieto

Hace ya algunos años, en el número de febrero que el periódico granadino *Ideal* dedicó a “Ganivet y la Generación del 98”, el profesor Sánchez Trigueros titulaba su colaboración “Sociología del Modernismo o cómo acabar con la invención del 98”. Dado el cúmulo de celebraciones que tuvo el 98, al que bien podría sumarse el importante libro de Pedro Cerezo *El mal del siglo*, 2003, el título del trabajo de Sánchez Trigueros me recordó el juego con la inteligente paradoja de “La docta ignorancia”, de Nicolás de Cusa, con su proyección en la cultura italiana del ‘400. Porque resulta que, en un particular oxímoron, habríamos conmemorado la existencia de algo que no existió literariamente, aunque una economía didáctica lo acogiera por comodidad. En todo caso, el éxito de Azorín con su invención es innegable, hasta provocar aquel delirio de “Modernismo frente a 98” extendido por Guillermo Díaz Plaja.

Realmente, entre el abono al pesimismo o la tristeza de Baroja y Azorín (este último reconocerá en 1941: “esos escritores eran tristes”) y el Valle-Inclán de gafas quevedianas y lacias melenas que se acoge románticamente al sensualismo de D’Annunzio, sin preocupación sociopolítica que perturbe su esteticismo, existen unas notables diferencias. Pero no creo que esas diferencias justifiquen una oposición entre modernismo y 98, sino que responden a la particularidad personal de cada escritor, dentro de su coetaneidad. Y bien se podría entonces unificar a esos escritores por una exterioridad, como el paraguas rojo de Azorín o la exhibida manquedad cervantina de Valle, en cuanto exponente del “afán de distinguirse o de ser originales” que unifica y señaló Ortega en su prólogo a las *Cartas finlandesas* de Ángel Ganivet.

También, claro está, ese “afán de distinguirse” significado por Ortega es casi una constante de juventud que anula la autenticidad de lo original. No muy lejos del 98 andaba el movimiento de los poetas lombardos de la *Scapigliatura*,

que pretendía escandalizar a una burguesía desde el uso del propio verbo *scapigliare* expresando un vivir disoluto y desordenado. En otro predio, el Azorín que, en enero de 1904, escandalizaba con su proclama “Somos iconoclastas”, coincide en su negación del pasado con el artículo “La cultura italiana” de Giovanni Papini, quien quiso fundar una revista llamada *Iconoclastia*, que luego sería *Leonardo*.

Pero la constancia generacional de Azorín fue empecinada, hasta el punto de que una crítica asociará al Unamuno “castellanizado” de *Poesías*, 1907, que comenzaba su poema “Castilla” con la exaltación “Tú me levantas, tierra de Castilla”, con el vasco Pío Baroja, a quien en *Rocinante vuelve al camino*, John Dos Passos presentaría: “Así como Bernard Shaw no quiere que le llamen inglés, Baroja no quiere que le llamen español. Es vasco.”

Claro está que existen indudables afinidades, marcadas por una cronología, en ese grupo de la llamada generación del 98. Y existen, aun dentro de que cada obra literaria es un hecho único e irrepetible, incluso para el propio autor, ya que siempre se da una dependencia del tiempo, engañoso de la memoria, que no puede repetirse tal como fue, con sus sentimientos y experiencias. Como un alto ejemplo de este movimiento del tiempo podríamos citar la empeñada voluntad poética de Juan Ramón Jiménez en su final *Leyenda*, editada y prologada por Sánchez Romeralo, donde el poeta de Moguer quiere fundir su último tiempo con el que fue para *revivirlos* en uno solo, en el que los versos adolescentes se “limpian y se intensan”, y su ansia de absoluto impregna la totalidad de *Pastorales con Dios*, transformando a lo divino los viejos poemas de *Pastorales*.

Indudablemente, digo, el tiempo, la coetaneidad, puede afiliar aficiones, sentimientos, lecturas y rebeldías hasta establecer autorrelaciones como las sostenidas entre *Camino de perfección*, novela de Baroja que Azorín estimará como la mejor del novelista vasco, y *La voluntad* del propio Azorín. Efectivamente, el Antonio Azorín de *La voluntad* y el Fernando Ossorio de *Camino de perfección* encarnan el simbolismo de un aburrimiento vital, el desaliento y cansancio de un siglo que parece acusar el *desastre* de una época y su pesimismo. Cuarenta años más tarde, en *Luna en Toledo*, Madrid, 1941, Azorín testifica: “Ha habido en el fondo de la generación del 98 un légamo de melancolía. En reacción contra la frivolidad ambiente, esos escritores eran tristes. Triste era El Greco y triste era Larra...”, con lo que el escritor levantino dedicará extensos párrafos para explicar lo que significó El Greco para el 98.

Pero parece indudable que entre las novelas citadas y el texto azoriniano *Luna en Toledo*, sobre Azorín actúa el tiempo alterador de la memoria y que ahora, en 1941, estamos algo lejos de aquellos finales de noviembre de 1900, en los que Azorín y Baroja permanecían en Toledo invitados por Julio Burell, el antiguo compañero y a la sazón gobernador civil de la provincia toledana,

y que es el mismo Burell que acompañaría el cadáver de Max Estrella en las valleinclanescas *Luces de bohemia*, entre esperpento, nostalgia y melancolía. De una a otra fecha, ha tenido lugar la invención del 98, que probablemente Azorín recogiera del Ortega que en 1913 quería aquella fecha para convocar a los “nuevos españoles”, y se ha ido produciendo una “castellanización” narrativa e ideológica de un Greco que, dentro del modernismo catalán, ya había tenido la apasionada exaltación hacia 1890-94 de Zuloaga y Santiago Rusiñol, promotor este último en Sitges de las *Festes modernistes*, en las que en 1894 se pasaron los dos grecos adquiridos por Zuloaga en París e instalados luego solemnemente en el Cau Ferrat, en acto que recordaría en 1895 la Pardo Bazán.

Análogamente, en el tiempo de la afinidad está la devoción por Larra, cuando el 13 de febrero de 1901, un grupo de jóvenes con trajes de luto, sombreros de copa y “en las manos ramitos de violetas” se encaminaban desde Sol a Atocha para visitar en el cementerio de San Nicolás la tumba de Larra. Entre esos jóvenes, según la hoja que publicaron, estaban Ignacio Alberdi, Camilo Barguiela, Pío Baroja, Ricardo Baroja, José Fuixá, Antonio Gil y J. Martínez Ruiz. El acto de homenaje, “de más trascendencia que una crisis ministerial”, lo fijaría Azorín en las páginas de *La voluntad*. Tal acto no deja de ofrecer un contraste con el “Ágape en honor de Fígaro”, con motivo del aniversario de su nacimiento, que se celebró, inspirado por Gómez de la Serna, en los altos de Fornos el 24 de marzo y que la entusiasta Carmen de Burgos, “Colombine”, relata en su *Fígaro*. Y análogamente, ya mostrando la distancia de individualidad, podríamos contrastar la detención en Don Quijote de Ramiro de Maeztu, Azorín y Unamuno.

M. García Blanco, en la “Nota preliminar” que redactó para la edición, 1952, de *Gente del 98* de Ricardo Baroja, recuerda cómo Valle-Inclán, en su prólogo al frente de “El pedigree” (aparecido primero en 1924, en las páginas de *Revista de Occidente*) calificó el ambiente madrileño de finales de siglo, literal y literariamente encerrado en bohemias de café, de “grotescas horas españolas, en que todo suena a moneda fullera”. La ida hacia el cementerio de San Nicolás recién mencionada tiene un poco de esa vida, y no olvidemos que Azorín escribió un pequeño volumen titulado *Bohemia*, que data de 1897. Al igual que Azorín mudó su juvenil anarquismo en una actitud conservadora, quizás su mayor logro de visión crítica fue ir apartando de ese mundo cafeteril y bohemio, que es conveniente conocer, a un grupo selecto, con nuevas incorporaciones, para construir su noventayochista Laurel de Apolo en el que también integrarse, acorde con la vieja y rentable reciprocidad de nombrar y ser nombrado. Azorín, que admiró cual héroe progresista a Moratín, podía recordar del epistolario de éste una carta a Conte, junio de 1887, en la que le escribe cómo Llaguno “quisiera hacerlos amigos a todos [los escritores] y persuadirlos a que, estimándose recíprocamente, ocuparían la atención del

público...”. El acuerdo de nombrarse mutuamente, que en parte jugaría la generación del 27, no implica, naturalmente, unidad generacional. En el libro de Ricardo Baroja, en su capítulo VII, “Amistades, odios”, se nos refiere el encuentro de Valle-Inclán y Unamuno, y no se trata para nada de la ficticia antinomia entre modernismo y 98. Escribe el hermano de Pío Baroja:

 Mi hermano conocía al entonces joven profesor de Salamanca. Valle y Unamuno no se habían encontrado. Valle-Inclán era hombre de café y Unamuno no. Mi hermano les presenta [...] se saludan y empieza la conversación mientras van calle abajo.

 Cuando el grupo ha llegado a la esquina de la calle de Alcalá con la de Caballero de Gracia, Unamuno ha reñido con Valle-Inclán y Valle-Inclán ha reñido con Unamuno. Se separan enfurecidos, dejando solo a mi hermano, que medita acerca de lo inconsútil de las presentaciones.

Indudablemente podríamos ampliar sin esfuerzo las afinidades de coetaneidad y sumar a ellas la significativa influencia del espacio, porque no es sólo circunstancial la centralización en Madrid de un conjunto de escritores que proceden de la periferia: el vasco Baroja, el gallego Valle-Inclán, el andaluz Manuel Machado, el levantino Azorín... Creo que en esa coparticipación se asienta un tanto la intercomunicación de ese pesimismo, con cierta tenebrosidad, que cultivan algunos de estos destacados escritores, *localizando* un carácter de desastre que contrasta con el cierto carácter de optimismo creador del modernismo catalán, con la oda “Escucha, España”, de Maragall.

El hecho de escoger Azorín la denominación de “generación del 98”, tan explicitada en sus artículos de *ABC* de 1913, coincidiendo cronológicamente con el histórico desastre colonial, quizás motivara alguna confusión crítica. En este orden, el modernista mallorquín Miguel S. Oliver, formado en el espíritu renacentista catalán, afirmó con valores de primacía la existencia de una “literatura del Desastre” para designar las obras que los noventayochistas iban editando. Para Oliver, en su libro titulado justamente *La literatura del Desastre*, éste fue el gran acontecimiento generacional y, desde su perspectiva catalana, lo especifica: “Nosotros hemos respirado auras letales, de desaliento y tristeza. Entre nuestra generación y la pasada se interpone una fecha: la del desastre colonial”.

Frente a esta vinculación con el Desastre, expuesta por Oliver, en aparente contradicción se manifiesta el Baroja de sus *Divagaciones apasionadas* al afirmar con rotundidad: “Con el 1898, época del desastre colonial español, yo no me encuentro tener relación alguna. Ni yo colaboré en ella, ni tuve influencia en ella, ni cobré ningún sueldo de los Gobiernos de aquel tiempo. La verdadera gente del 98 fueron los políticos Sagasta, Montero Ríos, Moret [...] y los escritores y artistas Galdós, Echegaray, Valera, Núñez de Arce”. En gran medida, la sinceridad de Baroja acertaba plenamente y su realismo narrativo

poco o nada tenía que ver con aquellas novelas de base cubana, políticamente comprometidas, como las de José Nogales, Aurelio Pérez Zamora, Francisco de Ulacia o Ciges Aparicio. De ellos, quizás sea en Ulacia, en su novela *El caudillo*, donde más ardientemente se manifiesta defensor de la guerra independentista, cuya causa equipara (pág. 64) con “aquellas tierras de vasconia en las que había también ideales de libertad”.

Aparte de estos últimos novelistas, la preocupación y tristeza por los acontecimientos coloniales se halla en los frecuentes artículos de Clarín o de la Pardo Bazán, en la común desestimación por Cánovas del Castillo que manifiestan la mayoría de escritores, en cuentos como “El rompecabezas”, de Pardo Bazán, o “El rana”, de Clarín, en el don Juan Valera, ya anciano y ciego que se refugia en *Morsamor*, y escribe en su prólogo que: “para distraer mis penas de considerarme tan viejo y tan quebrantado de salud, y mis penas patrióticas al considerar a España tan abatida, he soltado el freno de la imaginación [hacia] una época muy distinta de la presente”. Recordemos que en esta fecha de 1898, Valera tiene 74 años; Galdós, 55; Clarín y la Pardo Bazán, 46. Más joven, y en plenitud, se halla Joan Maragall, con 38 años, muy cerca de los 34 de Unamuno y de los 33 de Ganivet, y algo menos de los Machado, Baroja o Azorín, que andan por la veintena. Y, sin embargo, Maragall no suele incluirse entre los noventayochistas, cuando el Desastre, distintamente a Baroja, sí le preocupa.

Maragall (también atendido por Dos Passos en *Rocinante vuelve al camino*) había publicado entre 1897 y 1900 una serie de artículos en el *Diario de Barcelona* sobre la crisis colonial, que tuvieron una enorme repercusión política. Incluso, poco después, al aparecer el 11 de septiembre de 1902 el titulado “La patria nueva”, fue procesado por él. Su ideología le unía con fuerza a los grupos regeneracionistas, que su amistad con Unamuno afianzó aún más. Y su inquietud política y su profundo patriotismo le inspiran conjuntamente, en esos años, sus tres conocidos cantos sobre la guerra, donde, dirigiéndose a la “triste Espanta”, pregunta: “Per què vessar la sang inútil?”. Ha visto partir barcos repletos de soldados, hijos de España, llevados a la muerte, para terminar en una pregunta mucho más angustiada: “On ets, Espanya?”. Sin embargo, esa pregunta elegíaca —“¿Dónde estás, España?”— se torna en una alocución regeneracionista al final del “Cant del retorn”. En él, ha venido animando al llanto, en la playa, de aquéllos que esperan el triste regreso de los hermanos “vençuts en la mar i vençuts en la terra” que llegan con la memoria de tanto sufrimiento pasado y “sense fe ni gloria”. Pero, tras tanto llanto vertido, lanza su final proclama regeneracionista de fe en la vitalidad de la patria, si ésta ha mantenido las sierras y los bosques que dan fuerza a los hombres. Por ellos, “germans que en la playa plorant espereu, no ploreu: rieu, canteu”.

Frente a esta atención por el Desastre histórico, la llamada “generación del 98” apenas si lo roza como argumento literario. Un escritor, Manuel Bueno,

a quien Azorín estimó como integrante del grupo, escribió una novela, *Poniente solar*, que tiene como tema el Desastre y ofrece rasgos noventayochistas. Pero Manuel Bueno, que tiene 54 años cuando redacta su novela, la publica en 1931, fuera ya de nuestra consideración. En los demás, las alusiones concretas a la pérdida de las colonias son muy escasas y poco significativas. En Baroja, por ejemplo, tan pródigamente entregado a la novela, apenas si se presenta en el capítulo VIII de *Mala hierba*, cuando un repatriado de Cuba mendiga junto a Manuel, y en el citado capítulo I, de la Sexta Parte de *El árbol de la ciencia*, en el que Andrés Hurtado, en su regreso a Madrid, encuentra una ciudad alterada por la inminente declaración de guerra a Estados Unidos, que conoce a través de la vieja criada de Dorotea. Alguna que otra excepción podría citarse, sin gran relevancia, como la del Azorín de *El alma castellana*, que nos describe la presencia de los monopolios cubanos y los muy particulares beneficios que comportaba, denuncia que cuenta con el antecedente del artículo de Galdós titulado “Santander”, y con los biográficos testimonios de Manuel Ciges Aparicio en su tetralogía novelesca.

No parece que la afortunada apropiación de “generación del 98” por parte de Azorín para inmortalizarse en ella junto a unos compañeros, obedezca a una meditada relación con el Desastre histórico. El desencanto, la abulia, la tristeza, “en reacción contra la frivolidad ambiente”, no me parece en ellos una directa consecuencia de la pérdida colonial, que en gran medida les despreocupa, sino más bien un estado *natural* de rebeldía, de protesta, propia de una juventud de sombras románticas. El mismo Baroja, tan ligado amistosamente a Azorín, declarará en la revista *Juventud* con su habitual oposición a todo corporativismo: “Soy un individualista rabioso, soy un rebelde; la sociedad me parece defectuosa porque no me permite desarrollar mis energías, nada más que eso”. Y Baroja defendía el valor instintivo y mostraba su acercamiento a las teorías de Darwin y al vitalismo de Nietzsche. Pero claro está que esa tristeza de Azorín y el individualismo expuesto de Baroja, están coincidiendo con una crisis del pensamiento europeo de fin de siglo que se desarrolla en Modernismo, con la idea romántica del “espíritu del pueblo” (*Volkgeist*) que sostenía que cada nación tiene un espíritu propio, natural, que la caracteriza. En este sentido, como en otros, era lógico que Ángel Ganivet, quien publica entre 1897-99 su obra principal, se apreciara como precursor de los noventayochistas.

No olvidemos que cerca de *La revista literaria*, de 1899, enfrentada a un regeneracionismo que aburría a Valera y del que se burlará Baroja, nace *Revista Nueva*, dirigida por Ruiz Contreras, cuyas páginas expresaban el interés por la vigencia de Nietzsche o se preocupaban por el concepto “decadencia”, a la que culpaba de la atracción por lo patológico, el sufrimiento y el dolor que se adueñaban del intelectual. El recuerdo se va aquí a obras noventayochistas como el *Diario de un enfermo* o *El árbol de la ciencia*,

a un pesimismo muy de época e incluso a predilecciones callejeras como la expresada por Baroja en “Final del siglo XIX y principios del XX”: “Otro de los caracteres de la bohemia madrileña ha sido el amor a lo lúgubre. Muchas veces yo y otros amigos, llevados por esta tendencia fúnebre, hemos ido de noche a esos cementerios románticos que había hacia Vallehermoso, cerca del canalillo...”. Y de todo un poco, de bohemia, de pose, de pesimismo bebido en Schopenhauer, hay en el homenaje a Larra que recoge *La voluntad* azoriniana de 1902. La tristeza, el pesimismo o la bohemia señalados eran también la cara de un noventayochismo, perteneciente a los distintos noventayochismos europeos y que en España tuvo su particularidad histórica con el desastre colonial.

Una somera ojeada a los periódicos de la época nos muestra la encrucijada en la que viven nuestros autores. En *El País*, por ejemplo, fundado en 1887, aparece en 1896 un Martínez Ruiz rabiosamente radical y anarquista teorizante, del que sería apartado por la violencia de sus artículos.

Es revelador que cuando Unamuno publica *Paz en la guerra*, la novela sobre la que cayó tan hirientemente el silencio de Clarín, el joven Azorín lo critique de esta guisa en *El País* de 16 de enero de 1897: “...el libro del señor Unamuno es un libro vulgar, enojoso, sin frescuras de estilo, sin sagacidades psicológicas ni filosofía de ninguna especie...”.

En *El País* colaboraban Valle-Inclán, Manuel Bueno... y Ramiro de Maeztu y Pío Baroja, con quienes Azorín, ya con instinto de salvación generacional, fundaría el conocido “Grupo de los Tres”. Poco después, en la efímera revista *Electra*, 1901, que tomó el título galdosiano para expresar su anticlericalismo y espíritu combativo, Azorín, Baroja y Maeztu publicaban el famoso “Manifiesto de los Tres” que apuntaba ya al empeño azoriniano de formar y denominar una generación en la que salvarse como colectivo literario, contrariamente al individualismo de Baroja o de Unamuno. Es decir, Azorín buscaba ya pragmáticamente su “Generación del 98”.

En 1899 aparece *La España moderna*, creada por José Lázaro Galdiano, y sus páginas recogen el espíritu reformador y europeísta de los intelectuales. Colaboran en esta revista, que se publicaría hasta 1914, los “viejos” Galdós, Clarín, Pardo Bazán y unos “jóvenes” en los que apunta el Unamuno que se centraría en su *En torno al casticismo*, publicado en 1895. Junto a la información de escritores como Chejov, Ibsen, Dostoievski o Tolstoy, algunos artículos ya señalan una dirección que veremos más clara en otras revistas, pero que ya aquí orientan hacia ese europeísmo, o modernismo, ya apuntado. Al mes de producirse el Desastre, en junio del 98, nació el semanario independiente *Vida nueva*, que gozó de cierto predicamento en los medios culturales. En la portada de su primer número se determinaba: “Venimos a propagar y defender *lo nuevo... lo moderno*, lo que en toda Europa es corriente y aquí no llega por vicio y rutina de la costumbre”. Se puede entender que tal proclama venía a

oponerse a la vida de *La Ilustración Española y Americana*, que rememoraba la España cultural de los Austrias en artículos como los “Poetas sevillanos del siglo XVI” de Vieyra de Abreu. En *Vida nueva* publicó Ramiro de Maeztu diversos artículos que después se recogerían en su libro *Hacia otra España*, en los que Inman Fox advirtió su familiarización con el marxismo; un especial valor ofrecen dos artículos de Unamuno, que conectan con la rebeldía juvenil, y que se titulan “¡Muera Don Quijote!” y “Renovación”.

El tiempo, que tanto se nos lleva, ofrece a cambio unas perspectivas sobre el pasado, sobre la encrucijada noventayochista y sobre esa generación montada por Azorín y cada vez más negada como tal, en cuanto grupo uniforme, especialmente desde la aparición del texto de Ricardo Gullón, 1969, *La invención del 98 y otros ensayos*, ya que ni siquiera la titulación de tal generación pertenece a Azorín. Y entiéndase que la mencionada negación generacional, que ya estaba en los propios y supuestos integrantes de ella, no mengua en un ápice, como es obvio, los grandes valores literarios de cada uno de ellos.

Cité anteriormente a Joan Maragall, a su elegíaco canto de la visión de España, especialmente en el positivo querer renacer de su “Oda a Espanta” y su “Cant del retorn”. En su prólogo a la edición de *El separatista*, de E. López Bago (que apareció en La Habana, 1895), el profesor Gutiérrez Carbajo afirma que el auténtico poeta del Desastre fue Maragall, “un poeta de actitud vitalista, de convocatoria contraria al pesimismo y dramatización noventayochista”. Relacionemos este “querer surgir, brotar” de Maragall con un acto público sumamente recordado: el homenaje que se le ofreció a Azorín en Aranjuez, en noviembre de 1913, organizado por Juan Ramón Jiménez y Ortega y Gasset. Desde su rincón, Baeza, Antonio Machado envía un hermoso poema que lee públicamente Juan Ramón, y cuyo envío está en la órbita del querer resurgir señalado en Maragall: “¡Oh tú, Azorín, escucha: España quiere surgir, brotar; toda una España empieza! / ¡Oye cantar los gallos de la aurora!”

Después, Azorín pronuncia su *Discurso* de agradecimiento, en el que evoca al Larra de 1835 que, caminando por los páramos deshabitados de Extremadura se pregunta: “¿Dónde está España?”. Es un discurso pesimista, a veces triste, patético, que parece buscar el cementerio de San Nicolás de 1901, y que no acierta a responder a ese oír cantar los gallos de la aurora machadiana. Pero, evidentemente, desde la significativa presencia en Aranjuez de Ortega y Juan Ramón, algo ha cambiado.

Ha cambiado, por ejemplo, toda una concepción intelectual a la que aporta sus aires de renovación, con carácter de guía, el europeísmo de Ortega, su gran claridad formal, y al que se suma, en otro orden, el ferviente vitalismo de Ramón Gómez de la Serna. Y sucede en ese año de 1913, de la consagración azoriniana por su libro *Castilla* y cuando casi acaba de nacer la denominación de “generación del 98”.

Nos encontramos así que esa titulación literaria del 98 no responde esencialmente a una vinculación histórica con el Desastre colonial, con el que claramente vimos que se desentiende Baroja, y que más bien valdría para atender a los “viejos” Clarín, Pardo Bazán, etc.; nos encontramos que la mayoría de los reclutados por Azorín para formar esa generación, como en el caso de Baroja o de Unamuno, niegan formar parte de ella; y nos encontramos ahora que ese título de “generación del 98” no pertenece a Azorín sino a Ortega, quien sabía algo más de generaciones que el escritor levantino. Lo de menos es que la acuñación del “98” pertenezca a Ortega y Gasset, a febrero de 1913, como documenta Cacho Viu en su *Repensar el noventa y ocho*, y que de ahí lo tomara Azorín, al igual que tiene nula importancia, para el descubrimiento de *Castilla*, que en 1896, en la *Ilustración Artística*, Pardo Bazán fuera escribiendo ya de los pueblos de Castilla, de “la grave Castilla, envuelta en su capa de paño pardo, silenciosa y altanera”. Lo importante, creo, es que Ortega pensó su “generación de 1898”, de manera más importante, para unos nuevos españoles, para una juventud estudiosa y europeizada que atendiera al destino del país, y no encanecida en el pesimismo de la tristeza. Pero, evidentemente, Azorín triunfó escolarmente con su empeño denominador, con su invención gratuita que, en palabras de Gullón, suponen “el suceso más perturbador y regresivo de cuantos afligieron a nuestra crítica literaria en el presente siglo”.

En 1975, en su excelente artículo “El año de 1898 y el origen de los intelectuales”, Edward Inman Fox destacaba la incorporación del término *intelectual*, como sustantivo, debido a los noventayochistas, y se destaca cómo Baroja le escribe a Azorín que ellos, “intelectuales independientes”, deberían intervenir en la política, al modo que lo hicieron los intelectuales franceses. En realidad, esta función respecto a la política la habían ejercido escritores anteriores como Galdós, Clarín o la Pardo Bazán en sus numerosos artículos. El tema es amplio y basta citar, junto a los trabajos de Inman Fox, el artículo de Juan Marichal, “La generación de los intelectuales y la política”, publicado en 1974 en *Revista de Occidente*. Pero sí cabe recordar dos aspectos: heredado también de la matización francesa, el intelectual se consideró perteneciente a una aristocracia del espíritu opuesto a la masa, por donde podríamos encontrar al Unamuno que, en 1904, en su artículo “Sobre la opinión pública”, terminaba: “Esto [la mentira de la democracia] es la analfabetocracia”, y por lo que era necesario no sólo contar con el pueblo sino educarlo. El segundo aspecto, es la inclinación por lo extranjero, frente a encadenadores nacionalismos y tradiciones que sentía el intelectual. La oposición de estas dos posturas la representan Unamuno y Ortega, porque éste, discrepando del casticismo y pesimismo españolizador, declaraba en marzo de 1908, en *Faro*: “Me importa más Europa que España, y España sólo me importa si integra espiritualmente Europa”. Es conocido cómo un año después, Unamuno le escribió una carta a Azorín en la

que calificaba de “papanatas” a los europeizantes, carta que Azorín publicó en *ABC*, y cómo el joven Ortega, tras alguna vacilación, en *El Imparcial* (27-IX-1909) defendió sus convicciones precisando que “merced a ellas puedo afirmar que en esta ocasión Don Miguel de Unamuno, energúmeno español, ha faltado a la verdad”.

La presencia de Ortega en la “Fiesta de Aranjuez” en honor de Azorín creo que es un ejemplo de su comprensión europea, de su valoración de un escritor, “primores de lo vulgar”, que es de una generación perdida. Precisamente en ese año de 1913 en el que Azorín comienza a publicar en febrero sus artículos sobre la “generación del 1898”, Luis Bello realizó una encuesta, para *Revista de Libros*, en la que le pedía a los intelectuales que opinaran sobre nuestra literatura contemporánea. En su mayoría respondieron que los noventayochistas tuvieron un carácter negativo y que su labor crítica, si fue necesaria, quedaba atrás.

Permítaseme ahora, con algo de heterodoxia, exponer un ejemplo, y ya sé que una golondrina no hace verano. Será un ejemplo sobre la posible influencia narrativa de Azorín y también sé que mi admirable amigo Inman Fox nos diría, con mayor autoridad, de la nueva manera de mirar las cosas en la novela del 98. Así que me arriesgo, aun admitiendo sin duda que, v. gr., el estilo del escritor de Monóvar tuvo su influencia en una prosa periodística o en un tan activo participante de la “juventud creadora” como el azoriniano Pedro de Lorenzo. Incluso la mirada minuciosa, objetiva, de las cosas del autor de *Doña Inés* anuncia la asepsia de ciertos planos cinematográficos y que también puede ser un precedente, como ya indicó Eduardo Mallea, de la novela objetiva que nos llegó de Francia, aunque el propio Mallea, en sus *Notas de un novelista*, precisará: “Sólo Azorín es pobre como antecedente, en términos universales [porque] el sentido de su especulación es meramente verbal, siendo su genio la negación de cierta dinámica germinativa, siendo su forma típica cierta inercia rodante...”.

Si uno acepta el juego acomodaticio de las generaciones, y particularmente yo no creo en ellas, no es difícil hallar que Garcilaso, con la creación de una lengua poética que pudiera heredarse (análoga a la que Pietro Bembo significó con Petrarca), originó una corriente garcilasiana en la que sintagmas y sentimientos del poeta toledano pasaron a nuestra mejor poesía renacentista, fuera fray Luis de León o Fernando de Herrera o Gutierre Cetina o el Cervantes que en la emotividad de su “Epístola a Mateo Vázquez” *siente* su identificación con Garcilaso al escribir que

mi lengua balbuciente y cuasi muda
pienso mover en la real presencia,
de adulación y de mentir desnuda.

Si uno se mueve por la poesía de Góngora, con su ascendencia culta, advierte que el poeta cordobés crea una “nueva poesía”, gongorismo, que se adentra en el mismo siglo XVIII, y que impregna generacionalmente hasta a un “enemigo” como Lope de Vega en su *Filomena* o en *La Circe*.

Yo, sinceramente, no encuentro algo análogo en un Azorín, quien justamente admirará la cuidada prosa del levantino Gabriel Miró. Porque la tenebrosidad que ofrece la obra de Miró pertenece a otro mundo que rige lo que su poética definió acertadamente como “memoria viva”, distinta de la mirada de Azorín. Y algo análogo sucede con Pío Baroja, que prologa una de las novelas del anárquico Carranque de Ríos pero cuyo estilo barojiano es prácticamente inexistente.

El ejemplo que les anunciaba, entre otros autores sociales, es César María Arconada, que fuera redactor jefe de *La gaceta literaria* y destacado miembro del partido comunista. Podría recordarse que en sus palabras de agradecimiento de Aranjuez, Azorín casi hizo un discurso de “realismo social”, de protesta, de “deseo de aniquilamiento y renovación”, de “hostilidad hacia lo que vemos” porque “millares y millares de campesinos perecen en la miseria y la inanición”. Pero no es este Azorín social de 1913 el que encontramos en la obra de Arconada, sino a Ortega y a Ramón Gómez de la Serna, como detectara J. M. Rozas. En su primer libro, *En torno a Debussy*, Arconada manifiesta su dependencia estética de Ortega, al que elogia claramente. Y cuando redacta su *Vida de Greta Garbo* está siguiendo los pasos de las biografías fingidas de Ramón, cuyas raíces podríamos relacionar con las *vidas ficticias* de los poetas provenzales y las que antepusieron a sus versos los poetas actuales de la antología *Espejo del amor y de la muerte*.

En 1930, Arconada publica su novela social *La turbina*, que se desarrolla en un pueblo perdido de 1910 (en plena eclosión noventayochista) y cuyo argumento es la lucha entre el progreso y el inmovilismo tradicional de una tierra y una incultura, por lo que algún crítico relacionó la obra con *Doña Perfecta*, de Galdós. Algo de la claridad de prosa de Ortega sigue latiendo en la de Arconada; y el pago a la “novela galante” de la época, Arconada lo dramatiza porque Antonio (progreso), uno de los obreros que llegan al pueblo, para llevar la modernidad, la luz, se enamora de Flora, la hija del “intrahistórico” Cachán, oscuro símbolo de la oscuridad pueblerina. El drama surge porque Flora queda preñada y Cachán mata a Antonio. En medio de la denuncia social aparecen fragmentos de poemas en prosa que estéticamente dialogan con la acción y explican la antinomia luz / oscuridad y progreso / anquilosamiento terrestre. Y aquí y allá encontramos evidentes rasgos ramonianos, matizaciones que tienen su ascendencia en las greguerías de Ramón y que Arconada ya había practicado en su biografía de Greta Garbo. Contrariamente a esta presencia de Ortega y de Ramón en Arconada yo no advierto con Rozas relación

literaria con Azorín o con Baroja, de un Baroja que, distintamente al progreso predicado en *La turbina* había confesado en las páginas de *Revista Nueva*: “el día en que esa nueva España venga a implantarse en nuestro territorio con sus máquinas odiosas, sus chimeneas, sus montones de carbón, sus canales de riego; el día en que nuestros pueblos tengan sus calles tiradas a cordel, ese día emigro”.

Puede que este ejemplo de Arconada no sea muy científico en relación con los noventayochistas, pero tal vez ilustre un poco que si el 98 literario está relativamente ajeno a la pérdida colonial del 98, con la que estuvieron comprometidos los Clarín, Galdós o Pardo Bazán, también dejó poca huella, en cuanto estética literaria, en quienes, sin dejar de compartirlos coetáneamente, avanzaron con la apertura del Modernismo y unos *ismos* que incluso bañaron en parte la literatura social. Y de alguna manera esa encrucijada se manifiesta en el año 1913.

Con independencia de las cartas de adhesión que se unían para darle un sillón académico al ya conservador Azorín, el homenaje al autor de *Castilla* fue un acto altamente significativo para la encrucijada de los noventayochistas. El “artista exquisito” que Ortega reconoce en Azorín, es un elogio de educación europea que tiene un algo de despedida, de restringir su ámbito a lo estético. Y la respuesta azoriniana en su agradecimiento, “la estética no es más que una parte del gran problema social”, es un querer aferrarse a *su* noventayochismo, para el que inventó una generación que le acompañara. El poema de Machado citado es también una invitación al cambio de rumbo y lo es el de Juan Ramón, con su estética modernista, que se cerraba con la fuerza “del otoño que enciende nuestras almas de oro”, fortaleciéndose en ese europeo modernismo que tuvo su manifestación en la revista *Helios*, de 1903-1904. Porque Juan Ramón, el gran e inteligente Juan Ramón, ya sabía que el noventayochismo había sido una individual manifestación a la española, particularizado por la historia del Desastre, de la crisis universal de las letras y el espíritu que hacia 1885 inició la disolución del siglo XIX. Años después, en marzo de 1935, Juan Ramón respondía para el diario *La Voz* que el “Modernismo no fue sólo una tendencia literaria sino algo general que alcanzó a todo”, y cuyo nombre provenía de Alemania. Ortega ya lo sabía, con su europeísmo, cuando en 1913 le ofrecía el homenaje de Aranjuez a Azorín, precisamente el año en el que Azorín intentó formalizar la existencia de una generación literariamente inexistente por su gran individualismo.